SETH KIMMEL

**«TENER AL LOBO
POR LAS OREJAS»**

**Polémicas sobre coerción y conversión
hasta la expulsión de los moriscos**

Traducción de
Pablo Sánchez León

Marcial Pons Historia

2020

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
ABREVIATURAS	9
AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN. UNIRSE AL BANQUETE	15
CAPÍTULO 1. CONVERSIONES COMPENSIBLES	37
La coacción vista retrospectivamente	42
Detectar a un hereje.....	49
Actos moriscos.....	62
Ficciones globales de la conversión	71
CAPÍTULO 2. GLOSAR LA FE.....	75
La pedagogía escolástica al filo de la ortodoxia.....	80
Valladolid: un choque de convenciones.....	94
Regular los rituales, predicar la fe.....	102
CAPÍTULO 3. FORMAS POLÍGLOTAS	111
La filología en los límites de la ortodoxia	116
Formalismo erudito	131
Gramáticas de la fe	145
CAPÍTULO 4. HETERODOXIA EN TRADUCCIÓN	151
Convertir en escrituras, contener la ficción	155
La inverosimilitud de la revelación	174

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 5. HISTORIAS BÉLICAS	185
Los moriscos y el método histórico.....	192
La reconstrucción de los orígenes de la guerra	206
Levantamiento morisco, guerra civil.....	216
La conclusión de la guerra y la cercana expulsión	221
 CAPÍTULO 6. ARCHIVOS DEL FRACASO	 229
En defensa de la indiferencia	234
El palimpsesto de Juan de Ribera	243
La expulsión impresa.....	252
La economía de la expulsión.....	259
 CONCLUSIÓN. EXCAVAR LA ESPAÑA ISLÁMICA	 269
BIBLIOGRAFÍA	275
ÍNDICE DE NOMBRES	307

INTRODUCCIÓN

UNIRSE AL BANQUETE

«[N]unca nos habemos de poder asegurar de su fe, por más que digan y desdigan»¹. Así describió el historiador Pedro de Valencia la encrucijada confesional planteada al cristianismo en el siglo XVI por los conversos musulmanes, los conocidos como moriscos. La desconfianza de Valencia puede sonar como una concesión hacia sus adversarios, que a esas alturas de comienzos del siglo XVII estaban promoviendo la expulsión de los moriscos de las coronas de Castilla y Aragón. Pero inserta en su afirmación se hallaba la polémica sugerencia de que la fe de los moriscos era tan difícil de desacreditar como de confirmar. En ausencia de pruebas de herejía intencionada, insistía Valencia, los planes de expulsión deberían ser pospuestos cuando no abandonados. En lugar de castigar a los moriscos por herejes, recomendaba acogerlos como creyentes cristianos imperfectos. Desde su punto de vista, solo la caridad de los cristianos viejos y la inclusión civil podrían integrar con éxito a esta población minoritaria. Era necesario transformar las condiciones sociales de la fe en lugar de tratar de someterla a control. Los inquisidores en materia de herejía deberían ceder parte de su autoridad a consejeros regios y jueces civiles, los cuales, argumentaba Valencia, poseían la suficiente discreción como

¹ Pedro de VALENCIA (1999), p. 83. Acerca de Valencia y los moriscos, véanse Luis María GÓMEZ CANSECO (1993), pp. 234-241, y Grace MAGNIER (2010), pp. 245-289.

para ser más indulgentes que sus colegas inquisidores. En otras palabras, al participar en este debate sobre los moriscos, Valencia no solo reimaginó la relación entre Iglesia y Monarquía, también vino a defender la formación humanística y los métodos de interpretación de su propia comunidad intelectual.

Desde la perspectiva de los defensores de la expulsión, como el arzobispo de Valencia Juan de Ribera, la vinculación que establecía Pedro de Valencia de la asimilación de los moriscos con la reforma social era equivocada. A finales del siglo XVI, más de setenta y cinco años después de la conversión forzosa de los últimos musulmanes que quedaban en la península, Ribera había terminado viendo a los moriscos como apóstatas obstinados. Las dispensas previas negociadas entre los conversos y la Corona habían venido más bien a obstruir que a facilitar la asimilación. Para Ribera y sus aliados había pasado ya el tiempo de discutir sobre estrategias para su conversión y catequización. La salud espiritual del imperio y la legitimidad de los inquisidores y evangelizadores dependía ahora de la exclusión en lugar de la asimilación. Análoga a la oposición de Valencia, la apuesta de Ribera por la expulsión constituía una defensa de la autoridad de la Iglesia en la promoción de la ortodoxia tanto como lo era de la formación escolástica de los letrados canonistas.

El desacuerdo en relación con la expulsión de los moriscos constituía la última manifestación de una lucha de más de un siglo de duración acerca de cómo eliminar el islam y sus trazos de la península ibérica tras la dominación cristiana. El argumento central de este libro es que a través de esa lucha los intelectuales hispanos revolucionaron el Derecho canónico, la filología y la escritura de la historia. En el siglo XVI y a comienzos del XVII, los grupos solapados entre sí de teólogos universitarios, predicadores e inquisidores, clasicistas y hebraístas, así como de consejeros de la corte y conversos recientes que participaron en el debate sobre los moriscos, reivindicaron su importancia política y sus métodos interpretativos ante audiencias extendidas más allá de los confines de sus comunidades particulares. Cada uno de ellos presentó su saber experto como si fuese el único capaz de determinar la legitimidad y los límites de la coerción religiosa, cuestión que se había convertido en uno de los dilemas fundamentales planteados por la conquista y la evangelización cristianas. Rastrear la historia de estas disputas consiste en estudiar cómo la figura del morisco se convirtió en una herramienta

de cambio en las disciplinas del saber. Tal y como sugiere la interrelación de la cuestión morisca con la preocupación por la impiedad entre los judíos conversos y la conversión de los habitantes del Nuevo Mundo, sin embargo, había en juego en los debates sobre los moriscos algo más que la legalidad de los bautismos a escala local o que el derecho a alardear propio de los académicos del momento. Para Valencia, Ribera y sus interlocutores las acuciantes, aunque a menudo implícitas, cuestiones que atravesaban estos debates afectaban a la definición misma de la religión: ¿es la religión una ley o colección de doctrinas o se trata de una serie de prácticas y creencias? ¿Dónde se sitúan las fronteras entre las esferas religiosa y civil? ¿Qué es lo que comparten entre sí, en el supuesto de que lo hagan, todas las religiones? Y por último, ¿cómo y por quién deberían ser contestadas estas preguntas?

En respuesta a estas cuestiones acerca de la naturaleza de la experiencia religiosa y los usos de la coerción, algunos eruditos de la Edad Moderna tacharon de heréticos a los moriscos y sus textos. Otros las emplearon en cambio como armas pedagógicas o políticas. Ambos campos trataron de expandir el alcance de su autoridad académica participando en esta conversación, que alternaba entre grandes cuestiones de corte teológico y aspectos concretos de la política regional desplegada hacia los moriscos. En una serie de tratados y correspondencia personal, dichos expertos abordaron temas demográficos y económicos relacionados con el manejo del imperio; elaboraron crónicas, ficciones históricas y poemas épicos que recontaban éxitos evangelizadores y rebeliones de minorías religiosas, y redactaron comentarios bíblicos y opiniones jurídicas en un intento de ofrecer episodios ejemplares procedentes de la historia de los primeros cristianos, como las parábolas de Lucas y Mateo sobre Jesucristo y las anécdotas de Pablo en las epístolas a los Corintios y los Gálatas, de nuevo relevantes para los asuntos del momento. Efectué una lectura de este corpus de manuscritos y pioneros libros impresos junto con evidencias de archivo que a los especialistas en historia y cultura española podrían resultarles familiares, pero concedo atención particular a las convenciones narrativas de estas fuentes y a sus condiciones de producción y recepción. A través del estudio de cómo los académicos de la Edad Moderna seleccionaban, interpretaban y hacían circular estos diversos textos sobre coerción y conversión, exploro la relación